



643359

"Los rostros ardientes"

He aquí un libro que atrase desde la primera página, introduciéndonos en un universo en que el escenario, es la última guerra mundial —y los personajes ubicados en París, Bretaña y Alemania, se van diluyendo en una evocación personal y confidencial, que hace palidecer la trama en un cúmulo de observaciones y evocaciones subjetivas. Hasta dejarnos al fin solo el recuerdo de un viaje a través de una emoción.

Las condiciones de Mendes, en esta obra editada por Ponsire, demuestran, como acertadamente lo señala Pedro Lastra en un comentario que se añade al libro, que el autor "impronta por la eficacia y la responsabilidad de esta escritura, que rehuye las facilidades y asume los riesgos de una reelaboración continua y que es también, y esencialmente una búsqueda: la del espacio donde las dimensiones de lo ficticio y de lo ensayístico, se reúnen y se funden con plenitud".

Porque, en realidad los tres mundos en que el autor vive, y que va haciendo aparecer ante nuestros ojos, son el París de la ocupación alemana, con toda su tortura y sus privaciones: la Bretaña del mar y de los pescadores; y, en fin, la Alemania misma durante el régimen nazi, la persecución a los judíos y, entre tanto dolor y angustia, una delicada página recordatoria del gran Goethe, cuyo aniversario, de los ciento cincuenta años de su muerte, acaba de ser traído a la memoria del mundo en estos días.

Las páginas de París revelan un conocimiento íntimo, casi minucioso de los rincones bohémios y de los barrios pobres de la gran capital. La simpatía por los "clochards", la imagen del original Cato y de su compañera Anita, las pesquisas policíacas de los guardias que debían secundar a la Gestapo, salpican el relato, pero, lo fundamental está en la familiaridad con la vida oscura del parisiense pobre, luchando por sobrevivir y sumergido en su insistencia de artista rebelde.

Hay, y en esto cabe hacer un reproche al autor, una exagerada exhibición de su familiaridad con París. Calles, lugares, barrios, son revistados con minuciosidad y esto fuerza a que el escritor quiera hacer gala de su familiaridad con toda la ciudad, con el Sena, sinuoso y extendido como un brazo en torno a la urbe, la Plaza de la Concorde, Notre Dame, los Champs Elysées, las Tullerías, adquieren una animación que remueve

que un día nos encontramos al final de caminos ciegos, de rutas que ya no nos llevan a ningún sitio. En esas inútiles empresas destruimos y desperdiciamos nuestro único tesoro, la paz para beber nuestra copa de tiempo, que solo podemos beber una vez y nunca más". No hay esperanzas en André, pero sí una nostalgia, que él mismo no sabe identificar, de infinito, de eternidad, que aquí en el paso terráqueo no nos puede colmar, pero que ya por su vacío está aludiendo al hueco de una forma que algunos encontramos, pero que otros perseguimos como una sombra fugitiva e inabarcable.

Tampoco faltan las leyendas, tan fecundas en Bretaña, con evocación de aparecidos, muertos que una especie de ente misterioso anuncia con su sola presencia, como en ese episodio del encuentro de Jean Guirvach con el carretero de "La Carretera de Anhou", símbolo de un poder misterioso, que no tiene rostro y es apenas una calavera, envuelta en una "angulosa capa". Es la muerte que llega: "El Anhou, el fatal carretero detuvo su carreta y con pasos que no tenían eco, se encaminó hacia el bosque a buscar su mercancía. François Le Gorr, de Point L'Abbe, yacía asistado, con el corazón destrozado por una puñalada. El Anhou burló con sus manos en la carne sin tibia, y luego de extraer el alma, la colocó con cuidado bajo su mano".

Todo está bien narrado, con sobriedad, con breves toques casi impersonales, que le dan más hondura y mayor relieve. Igual acontecerá con las páginas sobre Alemania, donde encontramos esta descripción de un bosque, por donde caminan dos amantes: "El sendero desciende y luego vuelve a repechar entre los árboles. Hay momentos en que caminan bajo una verde cúpula. Otras veces el pájaro se despeja y se divisa el horizonte. La luz adquiere de pronto el tono de un metal sombrío y se apodera del bosque el silencio que precede a la tormenta."

Los insectos anidan sus rumores y la savia se detiene en el corazón del árbol. El ambiente pesa como un toldo de angustia, hasta que irrumpen el rayo y el trueno. Las hojas que rebumban son sacudidas con violencia por la lluvia y el viento. Los árboles giran lentamente agitando y golpeando su ramaje. Se siente el chasquido de la madera que se desgaja.

25-11-1982 b. d.

Los rostros ardientes" [artículo] Fernando Durán Villarreal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán Villarreal, Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los rostros ardientes" [artículo] Fernando Durán Villarreal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile